

ferir estos feroces pasatiempos, se siente Tácito un poco movido á piedad para con las víctimas.

Digan lo que quieran dos autores cristianos de los siglos cuarto y quinto, Sulpicio Severo y Orosio, las ejecuciones no se extendieron fuera de Roma, á lo menos no conocemos nosotros ni decreto del senado ni edicto del príncipe ordenando una persecución general de cristianos, y el verdadero carácter de esta persecución está marcado por Tácito, cuando dice que los cristianos fueron inmolados menos á la causa del bien público que á la crueldad de Nerón (1). No puede concluirse de esto que no hubiera asesinatos aislados, como el de Antipas en Pérgamo. Un magistrado celoso de sus antiguos altares tenía en la legislación existente muchos medios para perseguir y castigar á un cristiano acusándolo de *maleficio*, palabra que usa Suetonio contra ellos; de *superstición extranjera*, lo que era bien evidente; de *sacrilegio*, porque negaba á los dioses; de *lesa majestad* (no ofendía al pontífice máximo, jefe del imperio? finalmente de participación en una sociedad secreta y en reuniones nocturnas, delito impuesto á los cristianos por su misma fe, pues los obligaba á asistir á reuniones, que debían ocultar á todos los ojos. Trajano no obrará por otros motivos y lo hará sin ninguna turbación de conciencia.

Importa que la legítima indignación que se siente ante el espectáculo de estas crueldades no nos haga injustos con todos los que las cometieron. No se reclama indulgencia para Nerón; pero hay príncipes excelentes, que pronunciando sentencias de muerte por causa de religión, las creían exigidas por las leyes de Roma, por sus ideas religiosas y por el interés público. La persecución no prueba nada contra hombres como Trajano, Adriano y Marco Aurelio, pero probaría mucho contra la infanda unión de la religión y la política, si esta unión no hubiera sido la vida misma de la antigua sociedad. Entonces era el culto una parte del patriotismo y la primera de las instituciones de la ciudad; su prosperidad parecía hacer la del Estado, de modo que todo lo que amenazaba á la religión oficial era una amenaza contra el Estado mismo.

Por eso una de las más antiguas máximas del gobierno romano era la prohibición de introducir nuevos cultos sin la autorización del senado (2): en tiempo de la república hubieron de expulsarse de la ciudad muchas veces las divinidades extranjeras y á sus adoradores; y aun más de una vez se arrojaron al Tíber las primeras y al verdugo los segundos.

Pero si los romanos defendían en Roma á sus dioses contra los dioses extranjeros, fuera de Roma respetaban las religiones nacionales, mientras no llegaban á ser como

(1) Se ha dicho que fueron perseguidos como *enemigos del género humano*. Estas palabras de Tácito son una frase de retórica, no de código penal. Ni aun en el senado romano se condenaba con semejante pretexto. Admiro el profundo saber de Rossi y el severo método de sus investigaciones; él ha creado una nueva rama de la ciencia, la *arqueología cristiana*, de que le deben estar agradecidos los sabios; pero siguiéndolo y todo, no voy tan lejos como él en ciertos puntos. Las víctimas de la fiesta de Nerón salieron de los cristianos, pero se inmolaron como incendiarios, lo que excluye la idea de una persecución religiosa general. Suetonio (*Nero*, 16) pone su suplicio en el número de las medidas de policía tomadas por el emperador en interés de la capital. Sobre esta cuestión, véase Rossi, *Bull. di Arch. crist.* 1865, p. 93.

(2) Cicerón, *de Leg. II*, 8. Véase el senadoconsulto contra las Bacanales y la conducta seguida por Augusto, Tiberio y Claudio respecto á los druidas. Tertuliano conocía perfectamente esta legalidad dura, pero que reposaba sobre las ideas más respetables de patriotismo y religión: *Vetus erat decretum*, dice (Apológ. 5), *ne quis deus ab imperatore consecraretur, nisi á senatu probatus*.

el druidismo una causa de fermentación política, ó como solía suceder á consecuencia de las predicaciones cristianas, una causa de desorden en las ciudades. Bien se ve esta política por la historia de San Pablo. Cuando los judíos de Corinto lo acusaron de blasfemo ante el tribunal del procónsul de la Acaya, éste se negó á oírlos. «Si se tratara de una injusticia ó de un crimen, les dije, os escucharía; pero yo no soy juez de esas cosas: allá vosotros.»

Más tarde habiendo querido matar al apóstol los judíos de Jerusalén, el tribuno que mandaba en la ciudad lo salvó enviándolo á Cesarea con este despacho para el gobernador: «No encuentro en él ningún crimen, porque las cosas de que se le acusa, sólo conciernen á su ley.» Sin embargo, como los sacerdotes continuaran azuzando al pueblo contra el *factor de sediciones*, procedió Felix á una información para prevenir nuevos desórdenes. Pero Pablo era ciudadano romano; apeló al emperador y fué conducido á Roma, donde se dejó dormir el asunto. Pablo recobró su libertad poco antes del grande incendio, lo que no permite suponer que un año después hubiera venido á ser un crimen de Estado la profesión de fe cristiana.

Así pues habiendo dejado Roma á los judíos su ley nacional, el judaísmo y sus diferentes sectas, en cuyo número se contaba el cristianismo, gozaban en Judea una libertad completa, y en las provincias, una tolerancia que no interrumpió el gobierno sino de tarde en tarde para detener una propaganda demasiado activa ó abusos cubiertos bajo un velo religioso. Tal fué hasta Trajano la condición de los judaizantes, judíos ó cristianos de origen hebraico.

Sin embargo, la guerra de Judea, que comenzó el año 66, hizo también algunas víctimas en Roma. La Iglesia data de esta época la ejecución en esta ciudad de San Pedro y de San Pablo (3), tradición que no está históricamente demostrada, porque fuera de la leyenda cristiana, ni se tiene siquiera la prueba de que hubiera venido á Roma San Pedro, y á partir del 64, no se sabe ya nada de San Pablo. Pero la falta de pruebas históricas no basta para invalidar esta creencia, porque los escritores paganos habrían podido asistir á la muerte de los dos apóstoles, hombres desconocidos para ellos y de baja condición (*humilliores*), sin dar más importancia á este suplicio que á tantos otros como veían todos los días.

Dícese que Nerón, que comenzó esta cruel guerra del imperio contra los cristianos, envolvió muy luego á los filósofos en la persecución. El estoico Musonio, complicado en la conspiración de Pisón, fué desterrado á Giaros, y más tarde obligado á trabajar encadenado en el istmo de Corinto, caballero y todo como era. El famoso Apolonio de Tiane, que fué á Roma sólo para ver qué clase de bestia era un tirano, compareció también bajo la acusación de magia; pudo, al fin, librarse del peligro; pero al partir para Grecia, hubo de ordenar Nerón que salieran de Roma todos los que hacían profesión pública de filosofía.

La autenticidad de este edicto no está atestiguada más que por Filostrato, cuya autoridad es sospechosa. Sin embargo, puede admitirse que las acusaciones de Tigelino contra los estoicos «secta arrogante que sólo hace intrigantes y sediciosos» hubieran producido alguna impresión en

(3) Tillemont dice el 66; Fleury el 67; Pearson el 68: es la fecha de San Jerónimo: XIV.º *Neronis anno*. San Clemente (*ad Cor.* 1, 5 y 6) afirma este doble martirio que daba tanta autoridad á su silla episcopal. Pero sabido es cuán pronto se forman las leyendas en el seno de las iglesias nacientes: su testimonio puede ser sólo un eco de la que se estableció sobre este asunto. En la imaginación de los fieles los dos grandes apóstoles no habían podido desaparecer de una manera oscura.

el ánimo del príncipe. De sus ideas no tenía nada que temer, porque no estaban al alcance del pueblo; pero se impacientaba con ellas no sin motivo, porque inclinaban los espíritus en cierta dirección, haciendo fácil ó posible que se encubrieran ciertos atentados con el nombre de interés público ó de protesta moral contra la tiranía.

En el silencio del foro y de la elocuencia política la filosofía había venido á ser una moda que atraía á algunos hombres de bien y á muchos descontentos. Todos los buenos ingenios filosofaban, cuanto más que se creía no tener que temer nada de la ley de lesa majestad tratando de los antiguos temas de escuela, y bajo este cómodo manto se erigían en censores del amo.

Este, sin reconocer en los vicios del malo los que él tenía, ni en las virtudes del bueno las que no tenía él, sentía contra aquellas predicaciones importunas sorda y profunda cólera, la misma que sintió Luis XIV cuando los antiguos partidarios de la Fronde en el parlamento y la alta burguesía opusieron la austeridad jansenista á los dorados vicios de Versalles. No embargante, entre el gobierno y los filósofos, sólo habrá escaramuzas, que harán sin duda víctimas, pero que contendrá el buen sentido de una parte y otra: la verdadera batalla se dará á propósito de las creencias y durará dos siglos.

Roma había vencido fácilmente el druidismo, religión gastada, estrechamente nacional y sin fuerza expansiva. Por razones inversas, el cristianismo, que se extiende entre la multitud, inaccesible á los filósofos, vendrá á ser el más temible enemigo para aquella sociedad, cuyo jefe es á la vez dueño de las cosas humanas y divinas, emperador y soberano pontífice: encontrará la fuerza en su misma debilidad, la vida en su ardiente deseo de la muerte, y el magnífico poema cuya primera página acaban de escribir los mártires de Nerón, será uno de sus títulos á la conquista del mundo.

Se reedificó la ciudad, casi destruida por el incendio, con mayor regularidad, sobre un plano trazado entre los arquitectos y el emperador: las calles eran rectas y amplias; las casas más bajas, aisladas y hechas con piedra de Alba ó de Gabias, con pórticos para sombrear las fachadas y depósitos de agua en previsión de nuevos incendios. Los escombros trasportados por el Tíber sirvieron para rellenar los pantanos de Ostia. Nerón se había encargado de entregar á los propietarios el solar desembarazado de escombros, de edificar los pórticos y de adjudicar recompensas á los que hubieran acabado su casa antes del término prefijado. El se adjudicó á sí mismo un espacio inmenso, todo el comprendido entre el Palatino y las Esquilias, y allí, «con las ruinas de su patria,» construyó un palacio y jardines, en que había campos de trigo, praderas, lagos, bosques y perspectivas, hechas con un arte que los modernos han creído inventar, cuando no hacían más que hallarlo de nuevo: era pues una residencia campestre en medio de la ciudad.

Pero esta casa de campo fué adornada con tal profusión de pedrería, de objetos y metales preciosos, que se llamó la *Casa de oro*. Delante del vestíbulo se alzaba una estatua de Nerón, de 120 pies de altura (1), y rodeada de pórticos ó arcadas á tres series de columnas en una extensión de 1000 pasos. El interior era todo dorado, y el techo de las salas, fabricado de piezas móviles de marfil, dejaba escapar por estrechas aberturas perfumes y flores.

(1) Suetonio, *Nero* 31; Plinio (*Hist. nat.* XXXIV, 7) dice 110 pies. Después de su muerte se consagró al sol. El autor de esta estatua fué aquel Cenodoro que hizo para los arvernos la estatua colosal de Mercurio (Plin. *Hist. nat.* XXXIV, 18).

Una de estas salas giraba de día y de noche imitando la rotación del mundo. «Por fin, decía, cuando todo estuvo concluido, por fin estaré alojado como un hombre.» Como un sátrapa oriental, debía haber dicho, porque había en todo aquello más fausto asiático que buen gusto.

Nerón, que se creía artista y poeta, lo era en efecto por el lado malo. Aquel lujo insensato le parecía una prueba de su omnipotencia. «Ningún emperador, decía, ha podido hacer lo que yo.» Y rebuscaba lo extraordinario á fin de mostrar que hasta la naturaleza debía obedecerle. Así es que quería abrir, desde el lago Averno hasta el Tíber, á través de las montañas y de las lagunas Pontinas, un canal por donde pudieran pasar dos grandes navíos de frente (2); de modo que el mar pareciera llegar hasta Roma, mientras Roma inmensamente extendida descendería hasta Ostia.

Estas ruinosas construcciones no aplazaban ni disminuían las demás prodigalidades del insensato príncipe para sus juegos y festines, en los cuales sólo un manjar costaba á veces nada menos que cuatro millones de sestercios; para sus muebles de marfil y nácar, para sus vestiduras de seda y púrpura, que no llevaba nunca más de dos veces; para sus mulas herradas de plata y los caballos de Popea herrados de oro; para aquel ejército de servidores que no llevaban menos de mil carros en el más corto viaje; para las dádivas y pensiones á las cortesanas, á los histriones, á los músicos, á los gladiadores favoritos, que hubieron de recibir patrimonios y casas, en cuyas paredes colgaron las fasces consulares y la toga triunfal ilustres ciudadanos del tiempo de la república. Añádanse las distribuciones al pueblo, al que habituó á un vicio que se hizo tradicional en Roma (3) arrojando al azar la suerte en medio de la muchedumbre, en forma de bonos pagaderos en plata, en oro, en piedras preciosas, hasta en propiedades; y la patria de Catón os aparecerá como uno de esos palacios que la imaginación construye para los califas de Scheherazade (4).

Pero ¿cómo pagar tales y tantas extravagancias? El fisco al fin se agotaba y el tesoro público estaba pobre: se necesitaban pues recursos extraordinarios. Los romanos habían ofrecido un espectáculo, que afortunadamente no se ha dado más que una vez en la historia; el espectáculo de un pueblo que se enriquece con los despojos de todo el mundo. Con el imperio cesó la explotación; pero como el trabajo es el único productor de la riqueza, y se trabajaba poco, sobre todo entre los vencedores; como el impuesto sobre los súbditos era moderado, y como el aumento del número de ciudadanos secaba las fuentes de ciertas rentas, mientras los gastos crecían más y más en favor de dos nuevos poderes, el ejército y la corte, se hallaron los emperadores en la situación en que se hallaron después los Capetos, cuando salieron de sus pequeños dominios para gobernar á Francia, y los Tudores después de la guerra de

(2) Este canal, que hubiera tenido una longitud de 230 kilómetros, tenía por objeto evitar el cabo Miseno y el promontorio Circeo, donde todos los años naufragaban gran número de barcos, y sanear el campo romano desecando las lagunas Pontinas; empresa utilísima sin duda, pero probablemente imposible á causa del desnivel del terreno.

(3) La pasión de la lotería. Nerón arrojaba al pueblo unas bolas en que se marcaba el premio.

(4) El fisco tenía grandes recursos. El año 62 mandó Nerón arrojar al Tíber una inmensa cantidad de trigo que se había maldado en los graneros públicos; poco tiempo después destruyó una tempestad doscientos navíos cargados de grano, y un incendio cien navíos más, y tal era la abundancia de los recursos restantes que no subió el precio del trigo en Roma. Aquel mismo año dió al erario sesenta millones de sestercios, comprometiéndose á hacer la misma largueza al tesoro público todos los años (Tácito, *Ann.* XV, 18.)

las dos Rosas. Apremiado por la necesidad Felipe el Hermoso, alzó ó bajó arbitrariamente el valor de la moneda y llevó á la hoguera á los templarios; Enrique VIII despojó á la Iglesia y envió á sus lores al cadalso. Los emperadores emplearon medios rentísticos análogos: tomaron el oro, allí donde se hallaba, entre los ricos, y para no errar el golpe, tomaban al mismo tiempo sus cabezas. Por espacio de siglos aseguró así sus rentas el imperio otomano. Reyes, sultanes y emperadores eran inducidos por una mala organización del Estado á asesinar para robar.

Antes de echar mano de la ley de lesa majestad para arreglar sus cuentas, se valió Nerón de otros recursos. Adoptando la idea de Sila de que la moneda es un signo cuyo valor depende de la voluntad del Estado, disminuyó el peso del áureo (1), talló noventa y seis denarios de plata á la libra en lugar de ochenta y cuatro y dobló la aleación, 10 por 100 en vez de 5. Era una ganancia módica y lenta y Nerón la quería mayor y más rápida. Para la reedificación de Roma, había solicitado, ó mejor dicho, exigido donativos á los particulares y á las provincias; pero no bastando esto, dió al pillaje en todo el imperio las propiedades públicas, por lo común mal defendidas.

Efectivamente, en Grecia y en Asia, arrancó ó hizo arrancar de los templos las ofrendas preciosas y las imágenes de los dioses (2). En Roma, tomó todo el oro que el pueblo romano, en sus prosperidades ó infortunios había consagrado á sus dioses tutelares: hasta hizo fundir las estatuas de los penates. Después del robo, el impuesto: el genio fiscal que debía mostrarse un día tan inventivo, le reveló una nueva fuente de recursos. Dió edictos suntuarios; prohibió el uso de los colores de púrpura y violeta; después excitó por debajo de cuerda á los comerciantes á que los vendieran, y entonces confiscó los bienes de los que los compraron. Otro medio le sirvió para hacer moneda, la caza de testamentos, declarando que los bienes de los testadores que se hubieran mostrado ingratos con el príncipe, quedarían en provecho del fisco. Pero ¿dónde comenzaba y dónde concluía la ingratitud? Un pretor por cuya cuenta representó con otros actores, le pagó su papel con un millón de sestercios; sin duda en la misma proporción quería que le hicieran los legados. En cuanto á la ley de lesa majestad, sirvió sobre todo después de la conspiración de Pisón el año 65.

IV. — LAS CONSPIRACIONES Y EJECUCIONES. — SÉNECA. — LUCANO. — TRASEA. — EL STOICISMO.

Desde que los hombres más honorables de la ciudad se asociaron para asesinar al primer César y otros para vengarlo y ocupar su puesto, había habido siempre en Roma la conspiración secreta de los pretendientes ó de los republicanos y la conspiración pública de la elocuencia. La declamación retórica, ó la retórica declamatoria, que constituía el fondo de la educación romana, extraviaba los espíritus mostrándoles el pasado bajo engañosos colores y haciendo á los hombres de letras enemigos del presente. Los adversarios del régimen imperial, eran, según su tem-

(1) Según Letronne, el áureo de César pesa en granos 125,66; el de Nerón, 115,39. Plinio dice (XXXIII, 3, 4) que Nerón redujo el áureo hasta $\frac{1}{15}$ de la libra; pero este sería un peso de 7 gr. 280, y ninguna moneda de oro de este emperador baja tanto (Saglio, *Dic. de Ant.* palabra *Aureus*).

(2) Este sacrilegio causó un tumulto en Pérgamo, cuyos habitantes se opusieron á que un liberto de Nerón se llevara las estatuas y los cuadros (Tácito, *Ann.* XVI, 23). Rodas hizo lo mismo (Dion Cris. *Orat.* 31).

peramento, sus vicios ó sus virtudes ó el estado de su hacienda, descontentos que odiaban el poder, ambiciosos que pretendían escalarlo, republicanos que ansiaban destruirlo.

Hemos visto en la historia de Tiberio cuantos pretendientes aspiraban al imperio. Cada reinado tuvo los suyos, y así sucederá hasta Diocleciano y mientras dure esta monarquía militar. Los hemos encontrado ya bajo el imperio de Nerón; á lo menos Tigelino hizo dar muerte en este concepto á Sila y á Plauto; todavía vamos á ver otros y á buen seguro no los conocemos todos. En cuanto á los republicanos, ya hemos dicho que eran más numerosos en tiempo de Tiberio que en el de Augusto y muchos más serían sin duda en el de Nerón. Pero es preciso entenderse sobre la república que se quería: no era el libre Estado, en que cada ciudadano, soberano en el foro, hacía la ley, que al momento obedecía religiosamente. Nadie pensaba en los hijos de los vencedores de Anibal en aquel populacho trapajoso y miserable que no conservaba de su realeza más derechos que el de impacientarse en el Circo, cuando tardaba Nerón en hacer la señal para los juegos, y que callaba cuando el príncipe le arrojaba por la ventana su servilleta en señal de haber acabado de comer (3). Los caballeros que no tenían ya el pingüe negocio del impuesto ni la judicatura criminal, no figuraban más en las preocupaciones de los políticos.

No sucedía lo mismo con el senado. Los magnates arruinados gustan de que se les vea de lejos. El día siguiente de la batalla de Accio, no había ya veneración para aquel senado de azar en que cada victoria había hecho ingresar afortunados aventureros. Pero cuando encontraron los espíritus en el tiempo corrido el punto de perspectiva necesario, cuando durante los ocios de cinco principados, miraron atrás hacia aquellas épocas felices que no habían conocido tiranos histriones ó imbéciles, los ojos y los recuerdos se fijaron en aquellos Padres conscriptos que habían domado á Italia y sometido el mundo entero. Entonces pareció la curia el templo de la sabiduría, el senado vino á ser un ídolo y Lucano lo llamó el *Orden venerable*. Los emperadores, advenedizos de ayer, trataron bastante mal á este orden haciéndole cometer toda clase de indignidades con todo género de atenciones y respetos exteriores.

Sin embargo, era un gran nombre y se creía que se podría aun hacer de él una gran cosa, sólo con poner la realidad bajo las apariencias, haciendo que el príncipe, como lo indica su título, no fuera más que el primero del senado. Es lo que se había querido hacer á la muerte de Cayo y lo que se quería hacer todavía en vida de Nerón. Las ideas de revolución no iban más lejos. Así parecerá que los Antoninos lo habrán hecho con los miramientos y respetos que guardarán á la asamblea, y su popularidad dependerá de esta política, tanto como de sus virtudes.

Nerón, al contrario, hacía público alarde de su desdén y aun de su odio al senado, siguiendo el ejemplo de Calígula, que no fué menos insolente. Hasta se le suponía la intención de abolirlo, y permitía con mucho gusto que uno de sus aduladores dijera: «Te aborrezco, porque eres senador.» No es pues maravilla que muchos Padres conscriptos se lanzaran á la conspiración de Pisón «que fué poderosa luego de iniciada.»

Tácito no se explica sobre los proyectos ulteriores de los conjurados: unos hablaban de la libertad y del senado, otros de un nuevo emperador; ello es lo cierto que la indig-

(3) El presidente de las carreras tiraba desde lo alto de un balcón un pañuelo blanco á la liza, dando así la señal de la partida (Friedländer, t. II, p. 212).

nación inspirada por el tirano en la alta sociedad romana, enardecía en todos los ánimos el deseo de desembarazarse de él; que se intentaría la revolución por los que tenían interés en hacerla, es decir por el senado, y que se haría en provecho suyo; que en su consecuencia, sin suprimir al jefe, representante de la unidad del poder, cuya necesidad se reconocía generalmente, se tomarían precauciones para subordinarlo á la asamblea.

Estos conjurados no eran hombres de la edad de oro ni de virtud antigua: en sus casas se encontraban tantos vicios y vergonzosos desórdenes como en el palacio imperial, y no más conocimiento de las verdaderas necesidades del país. El corifeo de esta intentona era Pisón, de la ilustre familia de los Calpurnios. Tenía condiciones que en aquel tiempo seducían á la multitud y no excitaban aún la envidia: muchas riquezas, nobleza notoria y afabilidad de trato y de maneras. Era compasivo con los pequeños, á quienes defendía en los tribunales, á ejemplo de los patronos de los antiguos días; accesible hasta á los desconocidos, y ni el más humilde se separaba de él sin socorro ó á lo menos sin consuelo. Fuera de esto, amaba el lujo y los deleites como todos los de su clase, sin escrúpulos sobre los medios de alcanzar estos goces, y deseaba también como ellos, subir al primer puesto, sólo por la mezquina ambición de no estar en el segundo. Consentía con mucho gusto que se le elevara á este alto puesto, pero no quería tomarse el trabajo de conducir por sí mismo la empresa.

La conspiración era, sobre todo, militar. Nerón había dividido el mando de los guardias entre dos prefectos; entre Tigelino, su favorito, y Fenio Rufo, á quien se dejaba en las sombras. Este que quería salir de ellas, había seducido tribunos, centuriones y hasta soldados, indiferentes á las cuestiones políticas, pero algunos avergonzados de la degradación del príncipe, y muchos ganosos de un cambio simplemente por cambiar, ó por obtener alguna ventaja. Detrás venía la multitud de los arruinados y de los descontentos, reclutas ordinarios de motines y conspiraciones.

En el número de los senadores comprometidos se contaba uno de los cónsules electos, Plaucio Laterano (1), el único acaso que pensara en alguna reforma constitucional. Séneca la conoció (2), y no había ya seguridad para él sino en la muerte de Nerón, que había querido envenenarlo. Sin aceptar una parte activa en la ejecución, se prometió acaso explotar en su favor la buena voluntad que muchos conjurados le mostraban. Una vanidad de poeta ofendido trajo también á la conjuración á su sobrino Lucano. El autor de la *Farsalia*, que en su poema, tan fácilmente deja á un lado la historia verdadera, como en su vida, el compañero de juegos, el favorito de Nerón, dejaba á la puerta del palacio las altivas máximas del cantor de Catón, Lucano, por buen cortesano que fuera, no había podido sin embargo resignarse á lisonjear la malhadada manía de Nerón y reconocer el imperio de los versos en el que ya tenía el imperio del mundo. Nerón le prohibió hacer lecturas públicas de sus obras, y el despecho recordó al poeta los nombres de Bruto y Casio. Lucano tomó el papel que ya desempeñaron ellos: veremos cómo lo desempeña él á su vez.

Una mujer, que entraba también en el complot, Epicaris, quiso atraer á un chiliarca ó capitán de la flota de Miseno,

(1) El magnífico palacio de este romano hubo de servir de residencia á algunos emperadores. Constantino se lo regaló á los papas (Bunsen, *Beschr. der Stadt Rom.* III, 1, 469).

(2) Tácito, (*Ann.* XV, 61, 65) no asegura la complicidad. Dion (LXII, 24) no la pone en duda. Un verso de Juvenal hace alusión sin duda á ella: *Quis tam perditus ut dubitet Senecam proferre Neroni?* (Sat. VIII, 211).

y este hombre la traicionó; pero la brava mujer lo negó todo y quedó á salvo el secreto. Los conjurados, sin embargo, comprendieron que se les iba á las huellas y que era preciso precipitar el golpe y propusieron á Pisón que él mismo matara al príncipe cuando fuera á visitarlo sin escolta, como acostumbraba, á su quinta de Bayas. Pisón se negó á esto, temiendo que una vez dado el golpe en Bayas, se le anticipara en Roma algún ambicioso ó el mismo cónsul Vestino que procuraría acaso restablecer la república. Con esto, se aplazó la ejecución para el día de los juegos del Circo, y el



Séneca (3)

senador Flavio Esceveno solicitó el honor de asestarle el primer golpe.

La víspera del día señalado hizo Esceveno su testamento y encargó á su liberto Milico aguzar bien un puñal que había tomado de un templo de Etruria y creía él destinado á servir de instrumento para alguna noble empresa.

Después dió un gran festín á sus amigos, la libertad á sus esclavos más queridos y dinero á los demás. Pero tuvo la mala idea de encargar también al mismo Milico que preparara todo lo necesario para vendar heridas y restañar la sangre, y estas misteriosas prevenciones hubieron de despertar las sospechas del liberto, el cual se deslizó en palacio y lo descubrió todo.

Mandado llamar Esceveno con urgencia, se presentó con aparente calma y todo lo negó. Pero había tenido una larga conferencia con otro conjurado, Antonio Natalis, é interrogados separadamente se embarazaron y contradijeron, y sometido este último á cuestión de tormento, hizo al fin

(3) Estatua de mármol, encontrada en Túsculo (Museo Campana, Escamps, *op. cit.*, núm. 73).